

# Recuerdos de Octavio Paz y sus *Sendas de Oku*

Eikichi Hayashiya



Detalle del rollo *E-Ingakiyo*, siglo VIII

## 1) MÉXICO Y JAPÓN

México es uno de los países que, fuera de Asia, tienen una historia más larga de relaciones con Japón. Ya en las primeras décadas del siglo XVII Japón no sólo recibía gente de la Nueva España, sino que también envió allá mi-

siones dos veces consecutivas. En el siglo XVIII, fue en Nueva España donde se editó el primer diccionario de la lengua japonesa al castellano, con el cual habían quienes se preparaban para ir a Japón en las difíciles circunstancias de entonces. En el siglo XIX, Japón recibió la primera misión científica astronómica mexicana, la de

Francisco Díaz Covarrubias. Por la pluma de este célebre científico, el pueblo mexicano se enteró de Japón, que apenas reabría sus puertas al exterior; de sus realidades, de sus cualidades y de su cultura. No olvidemos que la opinión de Covarrubias influyó mucho en la concertación del primer tratado de igualdad firmado por Japón con los países occidentales y en la introducción del primer grupo de inmigrantes japoneses para la América Latina.

Durante el siglo xx hay en México grandes hombres de letras que se ocupan de Japón, por ejemplo: Francisco Bulnes, Juan José Tablada, Efrén Rebolledo, Manuel Maples Arce y Octavio Paz, quien se destacó entre todos ellos y a quien han seguido otros más jóvenes. Hoy me siento muy honrado en hablar de Paz y de una obra suya en la que tuve el placer de colaborar.

## 2) PAZ Y YO

Llegué a México por primera vez en abril de 1952, hace cincuenta años, como miembro de la oficina que al entrar en vigor el Tratado de Paz se convirtió en la primera Embajada de Japón después de la Segunda Guerra Mundial. Confieso que no dejaba de inquietarme la imagen de Japón que pudiera tener el pueblo mexicano en general, por cuanto sabía que aún circulaban mucho en América Latina las películas antijaponesas hechas durante la guerra en los Estados Unidos. Sin embargo, en las personas que empecé a tratar no encontré signo de rencor, antipatía o enemistad. Todo lo contrario: como si no hubiera pasado nada entre los dos países, los mexicanos en general nos felicitaban por el pronto resurgimiento y la reconstrucción del nuevo Japón y nos trataban amablemente, como al viejo amigo que vuelve tras una larga ausencia.

Fue notable la amabilidad de la Cancillería Mexicana, tan afectuosa y cordial con nosotros. Nos ayudaron en la instalación de las oficinas y hasta en la contratación del personal local. El sentimiento tradicional de amistad entre nuestros países se mantenía inalterable.

En los primeros años, uno de los empeños principales de la Embajada fue apoyar la reinserción de Japón en la comunidad internacional. La oficina de la Cancillería encargada de tratar dichos asuntos era la Dirección General de Organismos Internacionales, a cuyo frente estaba, desde la primavera de 1954, un joven diplomático. Octavio Paz había asumido el cargo de Director General Interino después de regresar de Japón, donde se desempeñó unos meses como Encargado de Negocios, encargado de la reapertura de la Embajada. Conocía bien los problemas sociales y políticos a los que se enfrentaba Japón, país por el cual mostraba enorme simpatía y en cuya cultura tenía singular interés. Mis encuentros con él me permitieron advertir, cada vez con

más claridad, la amplitud de sus conocimientos sobre la cultura oriental.

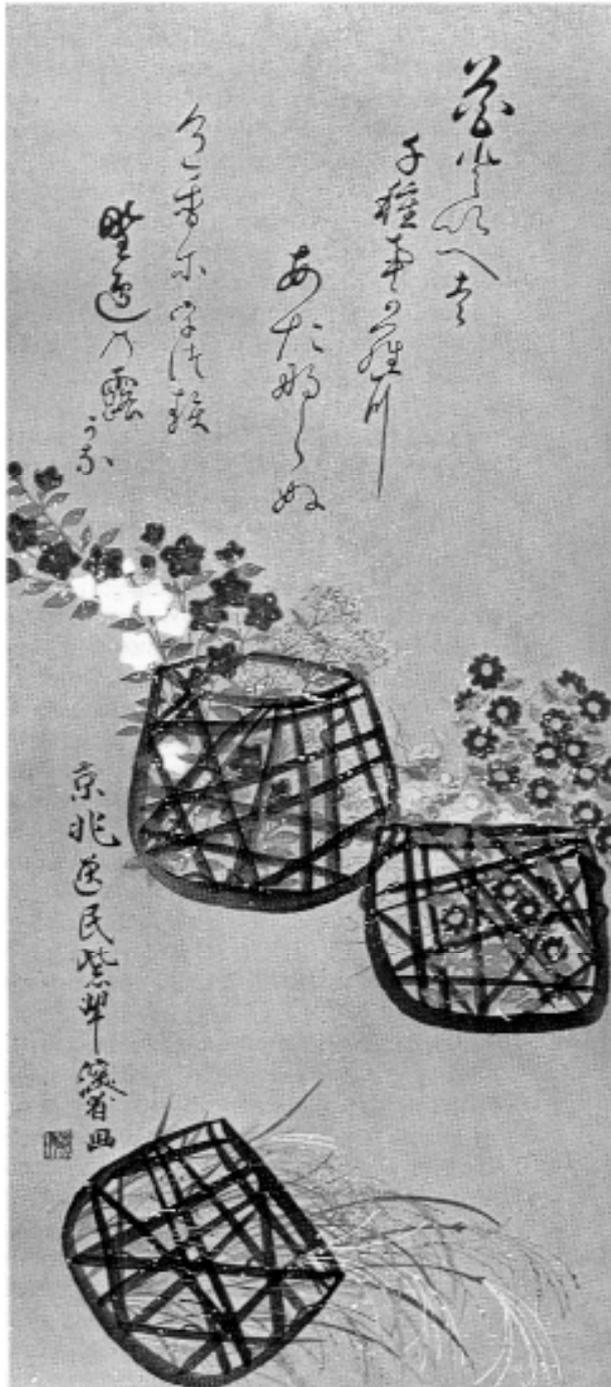
En uno de esos encuentros, Paz me propuso organizar en Bellas Artes una exposición de grabados japoneses, aprovechando una muestra itinerante de cien piezas de *ukiyo-e* de la UNESCO; sugirió, además, ofrecer un ciclo de conferencias durante el periodo de la exposición, dando él una. La propuesta nos pareció fenomenal, pusimos todo nuestro empeño en realizarla, y en julio de 1954 se inauguró una gran exposición de arte japonés, ilustrada por tres conferencias, la primera de ellas, "Algunos aspectos de la literatura japonesa", dictada por Octavio Paz. Tanto la exposición como las conferencias llamaron mucho la atención del público, que colmó la Sala "Manuel M. Ponce" del Palacio de Bellas Artes.

La conferencia de Octavio Paz gustó especialmente, por cuanto revelaba sobre su profundo conocimiento de la cultura japonesa y el alto concepto en que tenía a la literatura de ese país. Aún recuerdo cómo Paz, al referirse a la influencia en Japón de las culturas extranjeras, y en especial de la china, dejaba claro que había sido siempre "elegida y no sufrida". Tampoco olvido cuánto me sorprendió la claridad con que Paz explicó la concepción del budismo *zen* y su influencia en la cultura japonesa. Esa conferencia constituyó seguramente una revelación para cuantos la escucharon. En cuanto a mí, enriqueció mis sentimientos de amistad hacia Octavio Paz con un profundo respeto.

No recuerdo exactamente cuándo surgió la idea; pero mientras más conversábamos, más crecía en mí el deseo de emprender la traducción de alguna obra representativa de la literatura japonesa con este hombre de letras, que aliaba a la honda sensibilidad la aguda observación de mi cultura. Cuando Paz me propuso que trabajáramos juntos en la versión castellana de *Oku no Hosomichi* dudé un poco: no estaba seguro de poder transmitir a Paz cabalmente en español el sentido de esta obra de Basho, y en particular sus *haiku*, sutiles, tejidos de alusiones y que nunca lo dicen todo.

## 3) BASHO Y OKU NO HOSOMICHI

El *Oku no Hosomichi* es la crónica de un viaje que realizó Basho con un discípulo suyo, Sora, por la región septentrional de Japón en 1689, visitando cerca de cincuenta lugares famosos por razones históricas, literarias o artísticas. Recorrieron dos mil trescientos cuarenta kilómetros durante cinco meses. La redacción final del texto es posterior al viaje, a partir de lo que Basho había anotado: ocurrencias, pareceres, observaciones en prosa, seguidas de un poema. Es seguramente la obra literaria más querida por el pueblo japonés, no por su brillante estructura literaria, no por la atracción de un hilo narrativo que no tiene, sino por el sosiego que pro-



Ogata Kenzan, *Las tres cestas*, siglo xvii

duce en el espíritu y su delicada sensibilidad. Eso mismo explica mi temor ante la propuesta de Paz. También mi gran expectativa.

Nuestra forma de trabajo fue como sigue: yo traducía el texto japonés literalmente al castellano, primero, y cuando tenía hechos algunos capítulos se los entregaba a Octavio, quien me los devolvía corregidos con ocasión de mi siguiente entrega. Nos veíamos cada dos o tres semanas, unas veces en la oficina y otras en su casa o en la mía. Así trabajamos casi medio año.

Me encargué de las notas para explicar los lugares, personas o hechos referidos en el texto. En fin, justo en la víspera de mi partida, 30 de octubre de 1955, terminamos la traducción del texto, dejando las notas para después.

#### 4) SENDAS DE OKU

Había transcurrido un año y medio desde mi regreso a Japón cuando, un día del verano de 1957, recibí desde México la edición de nuestras *Sendas de Oku*: una edición de la Universidad Nacional Autónoma de México. Nuestra traducción iba precedida de una advertencia, una exposición de la vida de Basho en página y media y, por último, un ensayo de catorce páginas de Octavio: “La poesía de Matsuo Basho”.

¡Qué explicaciones sobre el *haiku*! Una exposición verdaderamente clara, bien analizada y estudiada. Pero había algo en la traducción de los poemas que no me satisfacía del todo y me quedé con la sensación de que debía volver a tratarlo con Octavio. Quizá nos apresuramos demasiado.

Más de diez años volvieron a pasar antes de que me destinaran nuevamente a nuestra Embajada en México. Apenas llegué, en octubre de 1968, y pregunté de inmediato por Octavio, me enteré de su dimisión como Embajador ante la India. Nadie me dio su paradero exacto y no pude comunicarme con él.

Cuál no sería mi alegría cuando una carta suya, fechada el primero de abril de 1970, me trajo sus noticias desde Cambridge. Mi alegría fue doble cuando leí su propósito de realizar una segunda edición para la cual, decía, Octavio había revisado enteramente el texto, para darle limpieza y simplicidad todavía mayores. Me decía, asimismo, que tenía un nuevo prólogo que añadir sobre la tradición del *haiku*, y que sería formidable si pudieran incorporarse al libro las ilustraciones de Buson existentes en el Museo Itsuo, de Ikeda, en Osaka. La carta terminaba con la expresión del deseo de volver a Japón:

Ah, al ocuparme de todo esto y volver a traducir algunos de los poemas (crea que mis versiones son ahora muchísimo mejores), sentí de pronto unas ganas inmensas de volver a su país. Los mismos deseos, quizá, que sintió Basho por ver la luna de Matsushima.

Contesté de inmediato expresando mi satisfacción y prometiéndole hacer todo lo posible de mi parte. Tras el intercambio de algunas cartas, me llegó la prueba del nuevo texto con un prólogo titulado “La tradición del *haiku*”: un ensayo sencillamente admirable, que más tarde incorporó Paz a *El signo y el garabato* publicado por Seix Barral de Barcelona en 1973.

La prosa no tenía muchas correcciones y ninguna nota. Otra cosa eran los poemas: de los sesenta y cinco de Basho y de Sora que había en la primera edición, sólo diecisiete quedaron intactos; el resto tenía de leves a hondas modificaciones. Revelaban la admirable búsqueda de perfección de Paz, y todas lograban la breve-

dad y la sencillez de que hablaba su carta: justo lo que yo deseaba. Me sentí muy satisfecho con todas las modificaciones, excepto una, cuyas razones no entendí. Me parecía que la nueva versión se alejaba bastante del original. Se trataba del siguiente poema:

*Shizukesa ya — Iwa ni simiiru — semi no koe*

¡Quietud!  
El canto de las cigarras  
se hunde en las rocas.

Decía la primera versión, que me parecía excelente; la segunda:

Tregua de vidrio.  
El son de la cigarra  
taladra rocas.

*Shizukesa ya* es quietud, calma, silencio, pero ¿“tregua de vidrio”? ¿Qué querría decir Octavio con tregua de vidrio? ¿Silencio de tregua de guerra, frágil como el vidrio? Transmití a Paz mi inquietud sobre su versión del poema; me contestó enseguida diciendo que ya no se podía modificar, y añadía:

... Pero le ruego que tenga en cuenta que por razones obvias, ninguna traducción puede ni debe ser literal.

Como decía Valéry: hay que producir efectos *análogos* utilizando *medios diferentes*. (Las cursivas son de Paz.)

Naturalmente, la firmeza del gran hombre de letras recibió mi conformidad, aunque con la solicitud de una nota explicativa de este último poema. En efecto, a principio de octubre me llegó la edición de Seix Barral en la cual encontré una nota sobre el poema extraordinariamente larga: ocupando nada menos que una página y media. Comenzaba con las siguientes palabras: “Mi traducción es tal vez demasiado libre...”, y después de presentar cinco traducciones anteriores a otros idiomas, continuaba:

Procuraré justificar ahora mi traducción. Basho opone, sin oponerlos expresamente, lo material y lo inmaterial, lo silencioso y lo sonoro, lo visible y lo invisible. La quietud del campo frente a la agitación humana, la extrema dureza de la piedra y la fragilidad del canto de las cigarras. Doble movimiento: la conciencia intranquila del poeta se sosiega y aligera al fundirse en la inmovilidad del paisaje: el berbiquí sonoro de la cigarra penetra en la roca muda; lo agitado se calma y lo pétreo se abre; lo sonoro invisible (el chirriar del insecto) atraviesa lo visible silencioso (la roca). Todas estas oposiciones se resuelven, se funden en una suerte de fijeza instantánea que dura lo que duran las diecisiete sílabas del poema y que se disipa como se disipan la cigarra, la roca, el paisaje y el poeta que



Hakuin, *La vaca y la ventana oval*, siglo XVII



Abanico del estilo *Gengi Monogatari*

escribe... Se me ocurrió que la palabra *tregua* —en lugar de quietud, sosiego, calma— acentúa el carácter instantáneo de la experiencia que evoca Basho: momento de suspensión y armisticio lo mismo en el mundo natural que en la conciencia del poeta. Ese momento es silencio y ese silencio es transparente; el chirrido de la cigarra se vuelve visible y traspasa a la roca. Así la tregua es de *vidrio*, una materia que es el homólogo visual del silencio: las imágenes atraviesan la transparencia del vidrio como el sonido atraviesa el silencio. Creo que las dos otras líneas de mi versión se defienden solas...

Al leerlo, sentí una gran emoción, casi un estremecimiento, cuando caí en cuenta de la forma en que Octavio luchaba para traducir un poema de Basho, cavilando y buscando una palabra adecuada a fin de transmitir el sentido real. Lo que dice aquí Octavio es la clara interpretación suya de un poema que ha sido muchas veces objeto de debate en Japón. Sin convencerme del todo, quedé complacido de que hubiera explicado tan detenidamente su interpretación.

##### 5) LA ÚLTIMA EDICIÓN

Después de que salió la segunda edición, lo único que me seguía preocupando eran aquellos dibujos y caligrafías de Buson que tanto deseaba Paz para la nueva edición, en la que sólo pudimos poner el retrato de Basho. Me daba cuenta de que Paz apreciaba esos dibujos por considerarlos representativos del género de pintura japonesa *haiga*, y las caligrafías, por formar en Japón parte de las artes plásticas.

En 1985 pude al fin visitar el Museo Itsuo en Ōsaka, que no conocía, para ver los dibujos y solicitar directamente el permiso para usarlos. Gracias a este museo y por

la amable colaboración de la Fundación Bancomer, el Fondo de Ohira, la Fundación Japón y del Comité que se formó en la editorial Shinto-Tsushinsha en 1992, pudimos sacar otra edición con el contenido de la segunda y el texto japonés calografiado por Buson con sus catorce dibujos, realizándolo así el sueño y la promesa de treinta y cinco años atrás. Al recibir Paz el primer ejemplar me envió el siguiente fax:

Querido Eikichi:

Acabo de recibir *Sendas de Oku*. La edición es muy hermosa. La tipografía, los caracteres, el papel, la seda de la cubierta, los grabados de Buson, todo. ¡Perfecto! Estoy encantado y agradecido.

La presentación del libro se realizó en el auditorio de Bancomer bajo sus auspicios el 18 de febrero de 1993. Paz parecía muy feliz con el esperado libro en la mano. Declaró que la traducción de este libro, por su dificultad y cuidado, amén de estar en una de las lenguas más alejadas del español, había sido efectivamente “un acto de amor”, y habló extensamente sobre por qué su lectura es como un calmante.

##### 6) PAZ Y JAPÓN

Desde aquel 18 de febrero han transcurrido más de diez años, y aún echo muchísimo de menos a Octavio Paz. Sin duda alguna México tuvo en él un genio literario del siglo XX con inigualables conocimientos sobre la literatura japonesa y una delicada sensibilidad que llegó hasta las fibras de los sentimientos del pueblo japonés. Pero su aparición no fue casual ni improvisada. Tenía que ser en México donde naciera un hombre que supo acumular y cristalizar los conocimientos y sentimientos de los hombres de letras mexicanos que han dejado obras llenas de simpatía por Japón. Si no hubiera habido un Covarrubias no se habría creado entonces aquel ambiente tan afectuoso con Japón, y sin un José Juan Tablada, Paz no hubiese comenzado a sentir desde tan temprana edad, y antes de conocer el país, tanta simpatía por Japón y por su *haikai*, como se deduce del discurso que Octavio pronunció en septiembre de 1945 en el acto de homenaje a Tablada.

Octavio siguió las huellas dejadas por sus antecesores y logró comprender como ninguno la característica fundamental de la cultura japonesa y los sentimientos del pueblo japonés. [U]